

parroquiana de San Cayetano y por fin vecina la más pegada a nuestro Cristo de Villajos que le serviría de consuelo en sus seguras añoranzas de la nativa Ribera de Curtidores, ya que no logró la plenitud femenina que compensa de todo a la mujer, el ser madre.

Sin que el Cristo fuera «las Américas» de Madrid, no le faltaban detalles que se las hicieran recordar, como el tenducho heterogéneo y herrumbroso de Juan Marica en lo que fué bodega de Candeales el padre, la casa más abajo de Pintafrailles, hondo, con dos escalones de bajada al entrar, oscuro y abigarrado, con un tenderete cambiante en la puerta, según qué días y horas, como pasa allí y hasta las tardes de los domingos con los chupones, torraos y castañas asadas.

Vendía carbón de encina para las hornillas que era el trajín fundamental de toda su familia, la de los Monos. Su verdadero nombre era Juan Serrano Vaquero. Los sobrinos conservan el canuto en que antes entregaban la licencia a los soldados para que no la arrugaran (1). Había ingresado en caja el 19 de febrero de 1874, siendo filiado para servir seis años. Lo hizo en las provincias vascongadas tomando parte en la guerra carlista con el regimiento de Luchana, sin sufrir castigos ni hospitalizaciones, declarándosele al final de la guerra benemérito de la Patria. Se conserva, también, su fe de soltería, a la que Juan fué fiel toda su vida, librada en Olite por el capellán de su batallón el 20 de agosto de 1878.

El fué el introductor de los braseros en Alcázar, que en Madrid se echaban con cisco de tahona—brasa de los hornos del pan—, antes de utilizarse el picón de canutillo. Por su causa y el ejemplo de la Corte se empezaron a usar los braseros que representaron un cambio en las costumbres, pues en todas las casas se echaba lumbre, incluso para llenar los calentadores de cama, que después se reemplazaron por los mismos braseros.

No se puede decir que el brasero fuera un adelanto ni un perfeccionamiento, porque calentaba menos. Era, sí, más cómodo en el sentido de que se podía llevar de un sitio a otro, mientras que el fuego estaba fijo y esa cualidad engendró las cajas para no quemarse al cogerlos y como consecuencia la mesa camilla que permitía comer y hacer labores teniendo los pies calientes y no con la lumbre a un lado como sucedía en las chimeneas.

No hay ningún libro tan malo, dicen, que no tenga algo bueno ni nadie tan tonto que no se pueda aprender algo de él. Juan no se chupaba el dedo y como estaba pendiente de su negocio se fijaba en lo que podría vender y lo buscaba entre los desechos de «las Américas», donde sin duda irían a parar los braseros primitivos que le pedirían los ferroviarios pintureros que carecían aquí de leñas y comodidad. Siempre tenía a la vista cadenas usadas, badiles, tenazas de la lumbre y trancos de sujetar los pucheros.

(1) Les entregaban la licencia en un tubo de hojadelata con tapa y forrado de tela con los colores nacionales, sujeto con cordones de agremanes que colgaban al cuello entrándosele entre los botones de la guerrera. Se decía que los licenciaban y más a menudo que les daban el canuto, término que también se aplicaba a toda clase de despidos.

En la época de los juegos inocentes, los chicos de Alcázar utilizábamos los canutos de caña o parte hueca entre nudo y nudo, para hacer flautas y dar murga por las calles, agujereando el tubo con un clavo ardiendo y tapándole un extremo con un papel de fumar atado con bramantilla.